ARROZ AMARGO

Sara Mesa

12 de octubre de 2014

TARDE DE ADORMILAMIENTO. Sucede siempre en los días festivos. Una tenue tristeza se instala en el aire estancado; demasiado calor todavía; ni idea de cuándo llegará el otoño. Llamo a Goyo, charlamos un poco —perezosa, desganadamente—, decidimos finalmente ir al cine. Ya en la cola muestro sin disimulo mi desconfianza. Mi prevención. Conozco bien los escenarios donde se rodó la película que ahora vamos a ver. Demasiado bien, incluso. Pienso en ellos y todavía siento incomprensión y rabia. La cola es larga y mientras esperamos parloteo con Goyo, que me escucha con aire distraído. Le hablo de mi adolescencia, de mi sensación de encierro. Los arrozales como único horizonte. Los perros recorriendo los caminos de tierra. Los picabueyes. Los atardeceres henchidos de una belleza líquida y sorprendente. He oído que a raíz del estreno de esta película el Bajo Guadalquivir se ha puesto de moda. Los turistas van a las Casitas de los Ingleses y a la Dehesa de Abajo. Comen arroz con pato en el poblado de Colinas, hacen fotos en La Mínima y cargan con guías ornitológicas en sus mochilas Coronel Tapioca. A ellos no les molestan los mosqui-

tos: después de todo no es ésa su vida. Llaman *arquitectura industrial* a lo que conocíamos desde siempre como *molinos* o *almacenes*. Compran a precio de oro las tagarninas que por entonces cogíamos a montones en los pinares de Los Pobres —guisos humildes de lunes tras el campo—. Se paran en el poblado de Alfonso XIII y lo que en otro tiempo era desolado se califica ahora de *pintoresco*.

Sí, me estoy burlando.

—Bah, estuve allí demasiado tiempo, sé de lo que hablo —digo.

Goyo me mira, encoge los hombros.

—Quizá por eso no eres la más adecuada para entenderlo.

23 de agosto de 1991

POR EL PUENTECILLO que cruza el canal hacia la barriada de Maquique me encuentro con el hombre. Lo veo de lejos, avanzando con la cabeza gacha y el perro al lado —un pastor alemán mestizo, viejo, de pelaje áspero y andares renqueantes—. Siento curiosidad. Una atracción insana. Apenas un atisbo de miedo diluido en la intriga. Sé que ese hombre carga con la repulsa de todo un pueblo sobre sus hombros anchos y vencidos. Conozco la razón.

—Si lo ves, cámbiate de acera de inmediato —dicen siempre mis tías.

Pero yo, experta en pequeñas desobediencias invisibles, me mantengo en la misma. Al cruzarnos, la distancia que nos separa es mínima. Lo miro. De reojo, pero lo miro. Él podría darse cuenta, aunque si se da, desde luego lo está disimulando. Mantiene la vista clavada en el suelo, imperturbable. Ni siquiera el perro parece advertir mi presencia. Los dos siguen adelante sin alterar su ritmo. Una vez que me sobrepasan me muero de ganas de volver la cabeza para observarlos con más detenimiento, pero mi cuello está paralizado. La rigidez incluso duele.

Tengo quince años, no hay muchos más entretenimientos en este sitio.

Ni siquiera es mi sitio.

Llego hasta la cabina de teléfono. El bochorno dentro es insoportable, así que dejo la puerta entreabierta con la ayuda de un pie. Llamo a mi novio. El novio de la ciudad. El novio prohibido de la ciudad prohibida en los veranos prohibidos. Cada tarde aprovecho que mis tías duermen la siesta para salir y llamarlo. A esa hora no hay nadie en la calle. Nadie salvo ese hombre: el Monstruo en persona.

—Acabo de cruzármelo —le digo.

No tengo muchas más novedades que contar. Sé que para darme valor tengo que hacerme la interesante. Inflar las cosas. Ampliar un poco mi pequeño mundo, no mucho mayor que el espacio asfixiante de esta cabina.

—¿Cómo es? —me pregunta.

Se lo describo. Le explico luego que el niño tenía cinco años. Que el Monstruo lo violó y después lo echó al canal. No estoy segura de que todo sea exactamente como lo cuento, pero al mismo tiempo sé que no lo estoy inventando: he escuchado demasiados rumores, palabras a media voz, murmullos cargados de desdén y de asco. Todo lo que digo es cierto, o eso creo. Lo del canal seguro: el cuerpo estaba al fondo, ¿no es así? Lo de la violación… Bueno, mis tías nunca hablan de esas cosas de manera directa. Las palabras también están prohibidas. Dijeron: *pervertido*. Dijeron: *sodomita*. Dijeron: *monstruo*. Nada de violación. Violación es un acto, y ellas siempre tapan los ojos ante los actos. Los suyos y los míos y también los de mi hermano pequeño.

Es su manera de protegernos.

—¿Cómo salió tan pronto de la cárcel? —me pregunta mi novio.

Suena enfadado. Cinco años, repite, cinco años, poco más que un bebé. Yo también finjo indignación. Le cuento que la familia tuvo que marcharse. No podían soportar su presencia en el pueblo. Y él tampoco hace nada por ocultarse. Se pasea con su perro sin mayores problemas. Desafiante. Mirando a todo el mundo. Mirando directamente, fulminándote con los ojos. Como a mí hace un momento. A mí me ha mirado, le digo. Me ha dejado temblando.

—Pues deberías alejarte lo más posible —me dice él—. Nunca se sabe por dónde puede salir un tipo así.

Le prometo que lo haré. Me gusta que se muestre preocupado por mí. Me gusta sentirme en el punto de mira, al borde del peligro, aunque sea de un peligro inventado. Pero el juego se acaba, y quiero irme. Estoy sudando; no tengo mucho más que contarle. Necesito verlo, besarlo, no hablar con él por teléfono. Es todo demasiado frustrante. Le digo que se me están acabando las monedas. Esto tampoco es cierto.

13 de octubre de 2014

TODAVÍA EN MI CABEZA dan vueltas y más vueltas ciertas imágenes. Sobre todo las de la feria. La humilde pero turbadora feria de Isla Mayor, en aquel tiempo llamada Villafranco del Guadalquivir, o también El Puntal, nombre popular para sortear el real, mucho más incómodo, resonancia de días de represión y de miedo. Las bombillas deslucidas, los puestos de algodón y de manzanas, las atracciones que ya entonces estaban anticuadas, las noches que también, cómo no, me eran prohibidas. Me dejaban salir, pero debía volver pronto, ridículamente pronto: eran los años terribles de la droga; mis tías temían por mí. Hundida en el asiento del cine —con Goyo al lado, la sala llena, el olor embriagante de las palomitas—, me sumergí de nuevo en aquel aire, en los resquicios de la libertad, la oscuridad acechante, las miradas lascivas de los chicos —pues yo era, después de todo, una atractiva foraste-

ra—, miradas que yo sostenía y devolvía con firmeza —pues buscaba el riesgo, ansiaba el riesgo—. Me habían impactado también las escenas rodadas en los canales, la barcaza, el sonido del agua acumulándose en las márgenes mientras los inspectores avanzan en la resolución del caso. Cultivos de arroz, kilómetros y kilómetros de arroz amargo. El aire espeso de polvo y de mosquitos. El aislamiento y el encierro marcando un horizonte en apariencia extenso. Cosas que yo ponía donde la pantalla, hábilmente, iba dejando sus huecos, sus insinuaciones.

—¡Al final te ha gustado! —rió Goyo al salir.

Oh, sí, el poder evocador del cine, dije con ironía, pero estaba turbada, mi cabeza en ebullición, las secuencias mezclándose, y de pronto la historia de aquel crimen, que yo no recordaba del todo y que ahora resurgía del pasado, enlazándose con el crimen de la película, con la diferencia de que el misterio y la intriga cinematográficas habían sido, en el crimen de mis recuerdos, sustituidos por el oprobio, los tabúes y el miedo.

¿Cómo podía haberlo olvidado?

25 de mayo de 1987

MI MADRE ESTÁ enferma. Lleva meses enferma, pero ahora todos dicen, en voz baja, que ha empeorado. Ya no me dejan ni siquiera ir a verla. Tengo que quedar-

me con mi hermanito y mentirle. Mamá volverá pronto, le digo, y me siento mal cuando él sonríe tranquilizado, tan inocente. Ahora nos cuidan las tías. Hermanas de mi padre, claro está, tan diferentes a mi madre, tan críticas con mi madre. Se echan las manos a la cabeza continuamente. Por cómo está la casa. Por la ropa que tenemos. Por los alimentos del frigorífico. Vivir así, murmuran: *como animales*. Desde que llegaron no han parado de limpiar, cada esquina. Cubos, fregonas, bayetas, detergentes: ése es ahora el paisaje. Desinfección, dicen. Asepsia, dicen. Hasta mi cuarto huele a lejía. Arrancaron las cortinas y las cambiaron por unas nuevas, mucho más opacas, para que nadie me pueda ver desde fuera. Ya no soy una niña, dicen, no hay necesidad de que te vean desnuda. Han tirado también a la basura las revistas que acumulábamos en una caja. Yo solía verlas con mi madre: las actrices, sus novios, sus peleas, sus esplendorosas mansiones, sus coches con carrocerías impecables. Mis tías arrugan la nariz, sentencian con asco: *porquerías*. No aptas para una niña, añaden.

Yo ya tengo once años. No me aclaro. ¿Soy o no soy una niña? ¿Nadie me puede ver desnuda pero no tengo edad de leer las revistas?

Mientras dura el colegio estamos aquí, pero cuando llegue el verano, si mi madre sigue en el hospital, nos tendremos que ir a El Puntal, como solemos hacer ahora los fines de semana. Mis tías tienen allí una casa enorme, de una sola planta, con una azotea sin mace-

tas donde nos dejan jugar a la pelota. Jugad aquí, nos dicen, porque a la calle no nos permiten salir solos. Yo les digo que a mi madre no le importa, que estamos acostumbrados a jugar en la plazoleta y no nos pasa nada. Pero no las convenzo. Hay mucha chusma suelta, dicen. *Chusma.* Yo no sé lo que es chusma.

No me gusta ese pueblo. Oyéndolas a ellas sólo parece que pasen cosas malas. Hablan en susurros, pero las escucho perfectamente. A veces me da la sensación de que lo hacen así sólo para que yo preste más atención. Hablan de drogas. Entran por los canales. Los hijos de no sé quién están pringados. El hijo de aquel otro también. La hija, ya mocita, se está metiendo en los peores líos: la ven con unos y con otros, también con los padres de sus amigas, vestida como una cualquiera. Cobra dinero, dicen. No hay vergüenza. Hablan y hablan mientras cosen redes. Los pescadores de la zona se las dan para que las remienden, y la tarea les lleva horas y horas. A veces los pescadores nos traen un cubo con cangrejos vivos. Ni a mi hermano ni a mí nos gustan, nos da asco el olor del agua cuando mis tías los hierven, pero hemos aprendido a comérnoslos sin rechistar.

Qué responsabilidad, dicen mirándonos. La vecina de al lado, una valenciana, nos contempla también con compasión. Bueno, de un modo u otro siempre fueron huérfanos, dice. Hablan de lo difícil que es sacar a los niños adelante. Luchas por ellos y luego viene cualquier animal y te los mata. Ahora justo se

cumplen diez años de *aquello*. *Aquello*, repiten, fue sin duda lo peor que ha pasado en todos los años de historia de El Puntal. Aguzo el oído. ¿De qué están hablando? Pobre gente, coinciden las tres. ¿No tuvieron más hijos?, preguntan mis tías. Bueno, tenían otros cinco. Él era el cuarto de seis. La madre se volvió medio loca y el padre tampoco anda muy bien, siempre con la mirada ausente, errando sin rumbo de bar en bar. Le dan trabajo solamente por lástima. Dicen que cualquier día el maricón sale de la cárcel, añade la vecina. Por buena conducta, o cualquiera de esas cosas que inventan los políticos para que la gente no pague por lo que tiene que pagar. Mis tías abren los ojos indignadas; creo que lo que más les molesta es la palabra *maricón*. En ese caso, continúa la vecina, la familia tendrá que irse de El Puntal. ¿Cómo van a vivir en el mismo sitio? Tendrán que mudarse, sin duda, a La Puebla o a Coria como mínimo. Mis tías se santiguan, la vecina hace el amago de imitarlas, levanta el brazo, pero no finaliza el gesto. Cuando se marcha mis tías la critican. La llaman *descreída* y también *malhablada*. Después vuelven a los susurros: si el monstruo sale de la cárcel habrá que andarse con mucho ojito. La calle es un peligro, dicen suspirando. Siguen cosiendo redes y yo me aburro. Ojalá mi madre se cure pronto. Ojalá salga del hospital cuanto antes. No quiero irme a El Puntal en el verano. Echo de menos mi vida de antes. No quiero estar en un sitio donde te cogen, te muelen a palos y después te

echan a un canal; un sitio donde mis tías cosen redes y no me dejan moverme de su lado. Quiero volver a mi vida de siempre, a mis revistas de palacios y de ramos de rosas.

Todo era más fácil cuando vivíamos como animales.

14 de octubre de 2014

BUSCO EN INTERNET algo sobre ese crimen. Sólo encuentro una breve referencia en la hemeroteca virtual de un periódico que hace tiempo que no existe. La fecha del recorte —pues no es más que un recorte digitalizado— es de 1977. El periódico dice del detenido: *"eran conocidas sus inclinaciones homosexuales"*. 1977, claro, qué diferentes eran entonces algunas cosas. Leo que el hombre abordó al niño a la salida del cine que él mismo regentaba —aunque yo nunca conocí allí cine alguno—, que el niño tenía once años —y no cinco, como yo había creído todo el tiempo—, que el niño se negó a acceder a sus peticiones —¿qué tipo de peticiones?—, que el hombre lo golpeó hasta la muerte con una estaca —más adelante dice: *"la penca desgajada de una palmera"*—, que finalmente lo arrojó a una acequia —no a un canal—, donde el cuerpo sería descubierto horas más tarde. No dice nada de que el niño fuese violado, como por entonces murmurábamos todos. No dice tampoco cómo consiguieron dar tan pronto con el cadáver.

¿Confesó el asesino de inmediato? ¿Hubo testigos? El periódico ofrece el nombre completo del niño, el de sus padres y el del asesino. Dice las profesiones de los padres —él jornalero en paro, ella ama de casa— y el número de hijos que tenían —cinco, sin contar al que acababan de perder—. Da demasiados datos y, a la vez, da demasiados pocos. El asesino, dice el periódico, tenía por costumbre acosar a los niños: ya lo había intentado antes. Recuerdo las advertencias de mis tías: quien lo ha hecho una vez, puede volver a hacerlo. O aún más: quien lo ha hecho una vez, con toda seguridad volverá a hacerlo. El detenido tenía 27 años. Hago mis cálculos: cuando salió de la cárcel y yo empecé a verlo —en aquellos veranos de emociones prohibidas— tenía poco más de cuarenta.

Aparte del recorte, no encuentro nada más. Si tecleo "crimen + Villafranco del Guadalquivir" o "crimen + Isla Mayor" o incluso "crimen + El Puntal" lo único que sale son entrevistas y noticias sobre la película. Las leo por encima. Algunas declaraciones del director me impresionan, y las voy anotando. Un periodista pregunta por qué escogió como escenario "*ese lugar fascinante, casi inédito en el cine*". Él responde: "*En esas marismas siempre tienes la sensación de que planea algo raro*". En una crítica se relaciona la atmósfera de asfixia con el paisaje cinematográfico de los cayos de Florida o los manglares de Nueva Orleans. Lo terrible en este caso, se afirma, "*es que es nuestro entorno cotidiano, mucho más inhóspito de lo que solemos imaginar*". En otro

lado, leo: "*Es el imperio del arrozal, esa tierra plana como la palma de una mano en la que, desde lejos, parece que los barcos se impulsaran con ruedas*". Alguien dice que las fotografías aéreas que Héctor Garrido hizo de la marisma tienen una textura similar "*a la de un cerebro abierto en canal*".

Pero hay algo que llama aún más mi atención. Algo referido al crimen de la película, no al crimen real, no a *mi* crimen. En la pantalla, en la *ficción*, las víctimas son unas adolescentes. Unas chicas de la edad que yo tenía cuando me cruzaba con el Monstruo por el puentecillo de camino a Maquique. Y el director explica: "*Las mujeres son muy importantes en esta película. Adolescentes que quieren huir de donde vienen, encontrar trabajo en otro sitio, volar a otro mundo…*".

Siento que habla de mí.

12 de agosto de 1989

LA VIDA ES DURA ahora que nos hemos hecho a la idea de ser huérfanos. Mi hermano y yo, él tan pequeño y yo tan sola. Éste es el tercer verano que pasamos en El Puntal; cuento los días que nos quedan para volver al colegio. Mis amigas llegarán bronceadas: las más afortunadas, de la playa; la mayoría, de la piscina municipal. Yo, ni de una cosa ni de otra: ponerme un bañador, qué cosa extraña. Aquí todo parece una amenaza. Salir a pasear: una amenaza. Jugar en

la calle: una amenaza. Los niños de Maquique: una amenaza. La bicicleta: una amenaza. El secarral: una amenaza. Y lo peor de todo, la feria: la peor amenaza. No es sólo por la droga. No por la mala educación, la chusma, las motos a cualquier hora, la suciedad de los demás —pero no la nuestra, no la nuestra, dicen mis tías—. Es también porque en cualquier momento puede salir el Monstruo de la cárcel. Y cuando vuelva aquí, será terrible. Se acercará a los niños en la feria, aprovechando la oscuridad de la vuelta a casa, su paso por el solar, con las manos pegajosas del algodón de azúcar y las madres olvidadizas, distraídas por la manzanilla y los bailoteos. Tampoco ellas tienen cuidado, dicen mis tías. Luego me dicen que los intentará matar a todos, no de una vez, claro, sino poquito a poco, uno a uno, por eso nunca se puede descuidar la vigilancia. Niños o niñas, da igual, el Monstruo no hace distinciones, ya se sabe que al que le va una cosa le va también la otra.

Mis tías cosen redes y especulan. Cosen redes sin parar, como caricaturas envejecidas de Penélope —leí el mito de Ulises hace poco; leo mucho para que el tiempo se me pase más rápido—.

El Monstruo no ha venido, pero es como si ya estuviera entre nosotros.

Yo les pregunto: si hay tanto peligro, ¿por qué pasamos aquí todos los veranos? ¿Por qué no nos quedamos en Sevilla? Ellas abren mucho los ojos: qué desagradecida eres, me dicen. Estamos allí todo el año por

vosotros, para cuidaros a vosotros, y ni siquiera te parece bien que nos vengamos a *nuestro sitio* unos poquitos días al año. Porque me guste o no, dicen, ése es su sitio, recalcan, y también es el mío, aunque no quiera yo reconocerlo, y peligro hay en todos lados, de hecho en la ciudad hay aún más peligros que aquí, pues la ciudad es más grande, todo se multiplica, si aquí hay un Monstruo suelto allí hay diez o cien o incluso más, y lo que yo tengo que hacer es ser un poco más comprensiva, y más generosa, y menos imprudente, y menos protestona, porque después de todo ya no soy una niña, estoy dejando de ser una niña, y siempre será mejor que me convierta en una mujer sensata y de provecho que en alguien como mi madre, que mira cómo acabó, nos sabe mal decirlo, pero mira cómo acabó, sola por querer siempre tanta libertad.

Y la palabra *libertad* en sus bocas suena mal, suena como un insulto, como una piedra que se le arroja a alguien por la espalda.

15 de octubre de 2014

TAMBIÉN EN LAS entrevistas dice el director: "*no sé cómo se tomará el pueblo la película*". Confía en que la gente contextualice debidamente la historia. Al fin y al cabo, explica, se refleja otra época: la recién estrenada democracia, todavía tan débil, tan inestable. Todo ha cambiado tanto, dice. La mentalidad de en-

tonces ya no es la de ahora. La opresión política, la cerrazón social, el miedo a hablar y el miedo a ser entendido, la necesidad de libertad y de avance… Se han dado muchos pasos en esto. Pero, ¿cómo ha encajado el pueblo la película? Yo no lo sé, no puedo saberlo. Hace tiempo que no trato con la gente de allí. Hace años —y años y más años— que no voy por allí. Una de mis tías ya murió, la otra pasa sus días, con la cabeza errante, en una residencia de las afueras. No les guardo rencor —con el tiempo las cosas se ven de otra manera, sé que lo hicieron de la mejor manera que pudieron—, pero nunca hablaría con ellas. Llamo a mi hermano. Le pregunto si ha visto la película. Al otro lado del teléfono lo oigo chasquear los labios, como con suspicacia.

—Todavía no —me dice—. Me da pereza.

Le digo que debería ir. Yo también dudaba al principio, me enfadaba el supuesto embellecimiento de la zona, la maldita moda del arroz con pato. Pero estaba equivocada. La ambientación de la película es muy buena. La atmósfera del lugar está perfectamente captada: la turbiedad, la opresión, el estancamiento, los murmullos que cruzan la marisma de punta a punta. Es impresionante.

—Pues justo es eso es lo que me da pereza —me interrumpe—. Tener que volver a revivir aquello. Descorrer la cortina. Si lo prefieres, llámalo acomodamiento. O llámalo miedo. Yo no soy de mirar hacia atrás. Y esa película puede hacerme daño.

Me quedo pensativa tras colgar. Sé que tiene razón. Es cierto que desde que vi la película me sobrevienen continuamente fragmentos del pasado, en cualquier momento, como mazazos. Anoche tuve un sueño en el que salían la feria y los canales; yo estaba obligada a coser redes y más redes; la casa de mis tías era una mansión sin escaleras. Me he pasado los últimos días tratando de recordar todo lo posible, al borde de mis límites: Isla Mayor y lo que rodeaba a Isla Mayor, mis veranos y lo que rodeaba a mis veranos, el Monstruo y lo que rodeaba al Monstruo.

Hasta llegar a aquel día en los caminos. Aquel arroz amargo. Aquella tarde.

Porque, a diferencia de mi querido hermano, yo sí soy de mirar hacia atrás. Está en mi naturaleza.

28 de agosto de 1991

MIS TÍAS SE HAN IDO a un funeral, no volverán hoy hasta la noche. Tras mi visita de rigor a la cabina de teléfono, no tengo ningún sitio donde ir, pero me niego a quedarme en casa, esos muros me oprimen demasiado, me están matando. Hace mucho calor, pero cojo la vieja bicicleta y decido dar una vuelta. Es una bicicleta roja de paseo, con una preciosa cesta de mimbre pintada de rosa, una bici de ciudad que me compró mi madre un año antes de morir y que ahora coge óxido en el patio, completamente inadecuada para el terreno

abrupto y polvoriento. Pero soy cabezota y continúo, a pesar del sol implacable, a pesar de los neumáticos desinflados, a pesar del vacío y de la incertidumbre. Tomo primero en dirección al secarral y después me desvío hacia los arrozales, los estrechos caminos de tierra pisada, esa cuadrícula irritante, sin salidas.

Es entonces cuando lo veo de lejos.

Primero al perro, o a la intuición del perro, ese trazo negro y afilado que se recorta en la distancia, la cabeza agachada y las patas rápidas, torcidas. Veo al perro y sé que el Monstruo va detrás, debe ir detrás, lo sé antes de distinguirlo, antes de fruncir mis ojos y enfocarlo, el hombre alto, solitario y pesado; el hombre de la camisa marrón y los zapatones de invierno; el hombre de la mirada ausente que yo, en el fondo, quiero, deseo y temo que pose sobre mí.

Podría dar la vuelta o girar a la izquierda, no sería tan extraño después de todo, no tan inusual para él seguramente, pero sigo pedaleando en la misma dirección, derecha hacia el horror, mi corazón palpitando, la boca seca, la voluntad más enloquecida que férrea, esa rebeldía sin sentido, sin dirección, pura potencia desbocada e inútil.

La silueta del Monstruo se agranda por segundos. El perro se detiene un instante, husmea el aire, me mira. El Monstruo también parece detenerse. Todo se paraliza: el curso del agua en el canal, el viento entre el arroz, las figuras lejanas, los latidos, el tiempo. Todo está congelado menos los mosquitos, ese zumbar cons-

tante que normalmente no oímos pero que ahora adquiere una relevancia nefasta, vibrando como un mal presagio. Los mosquitos y también los chirridos de las ruedas de mi bici, que siguen dando vueltas, acercándome al Monstruo, al que ahora ya, sin vacilación, distingo claramente en mitad del camino, mirándome con asombro y a la vez con templanza, mirándome como si me reconociera, como si los tres —el perro, yo y él mismo— fuésemos ahora ejemplares hermanos de la misma especie.

Solitarios y repudiados, todos.

Y yo, casi inconscientemente, por el temblor de las piernas, por el pánico, dejo de pedalear y me impulso ya sólo por la inercia, frenando casi cuando cruzo a su lado, cuando levanto la mirada y mi voz temblorosa musita un saludo, un hola que él debe percibir como lo que es: un desafío venido a menos, puro alarde de nada, la marca de una chica que apenas ha empezado a dejar algo para convertirse en otro algo.

Alza las cejas, no contesta, lo sobrepaso.

Pero después su voz se eleva a mis espaldas, estentórea, potente, temible como el movimiento de un cuchillo que rasgara la tarde.

—¡Eh, chica! —grita—. No deberías ir sola por aquí. ¿Me oyes? ¡No deberías!

Y yo, ahora sí, cojo fuerzas y acelero.